

# La Ascesis en San Francisco Coll

## Reflexión sobre los capítulos VI, VII y VIII, de la Regla o forma de vivir de las Hermanas

Creo que no nos vendría mal dedicar un rato de reflexión a estos capítulos de la Regla de nuestro Fundador sobre la ascesis o mortificación que, aunque tema poco atractivo hoy, sigue siendo elemento necesario para vivir con fidelidad y gozo nuestra consagración a Dios y a la misión. Veamos antes cómo la vivió él.

### I. EL TESTIMONIO DE SU VIDA

Nadie puede dudar de la capacidad de sacrificio y espíritu de mortificación del P. Francisco Coll. Son múltiples los testigos que lo dejan bien patente. El canónigo Jaime Collell afirma: “Era mortificadísimo en todos los sentidos; sus abstinencias eran rigurosísimas, casi inexplicables por las grandes fatigas de la continua predicación”<sup>1</sup>. Otros recogen el recuerdo dolorido de sus sangrantes disciplinas, la fuerza de los golpes oídos desde otras habitaciones<sup>2</sup>. No se acercaba nunca al fuego por más duros que fuesen los inviernos, dejaba que los insectos le molestasen, dormía sin colchón y en la comida se quedaba con lo peor o sin nada por darlo a los pobres<sup>3</sup>. Su ascesis era constante.

### II. SUS ESCRITOS

La enseñanza del P. Coll, sobre la ascesis o mortificación, que encontramos en los capítulos VI, VII y VIII de la *Regla*, siguen siendo principios válidos. Debemos leerlos y reflexionarlos con mucho cariño e interés. Es un tema al que le dio suma importancia y en el que insiste de forma oral y por escrito.

Si los estudiamos a la luz de sus fuentes podremos comprobar que el VI y el VII se basan fundamentalmente en el cap. VII de la *Monja Santa* de S. Alfonso M<sup>a</sup> de Ligorio, y el VIII, sólo una parte mínima en el VIII de la misma obra. En éste se inspira en el *Ejercicio de Perfección* del P. Alonso Rodríguez, en varios capítulos, -II, III, V a XIV y XVI- del Tratado I de la II Parte.

#### • Necesidad de la ascesis

Comienza nuestro Fundador el cap. VIII -De la mortificación- razonando sobre la necesidad de la ascesis o mortificación. Dios -dice- creó al hombre en un estado tan perfecto que sin ninguna dificultad el apetito obedecía a la razón y el hombre a Dios

---

<sup>1</sup> GÓMEZ GARCÍA, VITO T. Francisco Coll O.P., Testimonios (1812-1931 I. Valencia, HH. Dominicas de la Anunciata, 1993, p. 428.

<sup>2</sup> *Ibidern*, pp. 519, 734.

<sup>3</sup> *Ibidern*, pp. 706, 721, 740, 759, 1001.

sin que nada se lo impidiese. Pero por el pecado original, el hombre perdió el dominio del espíritu sobre los sentidos y de ahí proceden las malas inclinaciones. Recuerda la conocida frase de S. Pablo que expresa admirablemente la naturaleza del hombre caído: “*De hecho no hago el bien que quiero sino el mal que no quiero*” (Rm 7,19). Es la lucha entre la carne y el espíritu que todos experimentamos.

Continúa el P. Coll citando a Aristóteles: “Toda la dificultad que tiene un hombre bueno y virtuoso está en refrenar y moderar los apetitos desordenados de la carne”. Y también la frase de Epícteto: “Sufre y abstente”, comentando que a estos dos palabras reducía el filósofo la suma de la Sabiduría y con razón, porque ningún hombre peca si no es por huir de alguna dificultad o trabajo, conseguir algún gusto o placer o no abstenerse de él. De aquí debemos deducir la gran necesidad que tenemos de alcanzar la virtud de la mortificación (cf. pp.138-139)<sup>4</sup>. Nos ayuda a restablecer la armonía perdida entre el espíritu y la materia. Para el P. Coll era algo fundamental. “*Daréis buen ejemplo viviendo conforme a vuestro estado, dóciles, obedientes, mortificadas...*” (p. 282).

- **Cómo entender la ascesis**

Según el P. Coll, la ascesis o mortificación “*consiste en moderar nuestros bajos deseos, nuestras malas inclinaciones y el amor propio desordenado*”. “*Así lo han practicado los santos, porque conocían que esta era la voluntad de Dios*” (p. 140).

En cuanto a la práctica de la mortificación distingue entre la exterior y la interior. La mortificación exterior es la que mira a afligir al cuerpo, con disciplinas, ayunos, cilicios, mala cama, comida pobre, etc... La interior es la que se dirige a regir los movimientos de nuestros apetitos, a negar nuestra propia voluntad, a quebrantar su juicio, a refrenar la gula, ojos, lengua y todos los demás sentidos desordenados de nuestro corazón (p. 145).

Presta especial atención a la renuncia de la propia voluntad. Además de dedicarle el cap. VII de la *Regla* se refiere al tema en varios capítulos de la misma y en otros apartados. Ya en las primeras normas escritas en catalán en 1856, al fundar la Congregación -Reglas per las Hermanas- encontramos: “*La Terciaria cada día renovará la intención de mortificar su propia voluntad por amor a Jesucristo*” (p. 17). El cap. VII comienza: “*Nada perjudica tanto a las Religiosas que han consagrado su voluntad a Jesucristo, como el obrar según su propia voluntad y conforme a sus inclinaciones*” (p. 135).

Como modo práctico recomienda comenzar asumiendo las dificultades de cada día: “*Abrazad primeramente las mortificaciones que se os ofrecen sin buscarlas. A cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular*

---

<sup>4</sup> Se utiliza la última edición preparada por el P. Vito T. Gómez Gorda O.P., “*Francisco Coll o.P., escritos dirigidos a la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anuncioto*”. Valencia 1995.

*trabajo y mortificación, haced cuenta que eso es vuestra cruz” (p. 146).*

En el *Proyecto de Constituciones* exhorta a las Hermanas a cuidar la salud a fin de emplearla para gloria de Dios y bien del prójimo, y al mismo tiempo a hacer alguna mortificación, pero advierte que *“el recibir con resignación los trabajos, enfermedades, frío, calor y sobre todo el sufrir los genios contrarios y las otras tribulaciones, es una penitencia de las más agradables a Dios” (p. 396).*

Puntualiza que debemos mortificarnos en vencer aquel defecto o inclinación que nos pone en peligro de apartarnos de la práctica de la virtud. Recomienda empezar por cosas pequeñas para que vayamos adquiriendo fuerzas con esas victorias y si se ofreciesen ocasiones graves de disgustos e injurias seríamos capaces de mortificarnos y conservar la caridad y la paz del corazón con quienes las ocasionan (cf. pp. 148-149).

- **La ascesis, exigencia del seguimiento de Cristo**

Comienza el P. Coll el capítulo VI de la *Regla: -De la mortificación interior o abnegación del amor propio-* afirmando que *“todos estamos obligados a procurar nuestra perfección”*. Continúa con unas cuantas preguntas con sus respectivas respuestas: *“¿Y cómo nos perfeccionaremos en la virtud? Siguiendo a Jesucristo, nuestro divino Maestro. ¿Cómo le seguiremos? Negándonos a nosotros mismos”*. Y lo confirma con la cita de Mateo 16,24: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”*.

Asegura que *“la gran perfección de un alma consiste en negarse a sí misma”*. *“La Religiosa que no se desprende de sí misma, no podrá seguir a Jesucristo” (p. 735)*. En esta misma línea podemos ver en *la vida consagrada* (38b) que *“la ascesis, ayudando a dominar y corregir las tendencias de la naturaleza humana herida por el pecado, es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz”*

Hay algunas Religiosas -prosigue el Padre Coll- que practican muchas devociones y penitencias; pero de qué les aprovechan, se pregunta con San Jerónimo si no pueden sufrir una palabra dura o la negativa de algo. Aconseja que, si nos vienen deseos de quejarnos, murmurar o hablar con dureza, callemos por amor a Jesucristo que por nosotros sufrió desprecios, burlas, desamparos, y ni una gota de agua le dieron cuando la pedía en la cruz, y se pregunta si vamos a resentirnos nosotros cuando no se nos concede lo que pedimos.

- **La ascesis, exigencia de la fidelidad en el amor**

Volviendo al cap. VIII encontramos: *“Dirán algunos que la perfección no consiste en la mortificación, sino en la caridad y amor de Dios, pero yo os responderé que nunca tendréis la caridad y amor de Dios nuestro Señor si no abrazáis la mortificación” (p. 140)*. Advierte que por el contrario, si somos ca-

paces de vencer el egocentrismo, de renunciar a los deseos desordenados de ser estimadas, aplaudidas, de dominio o autosuficiencia y a las tendencias desordenadas de la sensualidad, el amor de Dios crecerá cada vez más en nosotras y nuestra alma se lanzará a Dios como el ciervo sediento a las fuentes de las aguas.

Quiere dejar claro que una auténtica búsqueda de Dios supone la renuncia a nosotros mismos, que sin duda nos llevará a la auténtica alegría. A la luz de estas reflexiones podríamos recordar la que hace Pablo VI en la *Evangélica testificatio* (24): ¿No existe quizás una relación misteriosa entre la renuncia y la alegría interior, entre el sacrificio y la amplitud de corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual?

La ascesis es también necesaria en el amor fraterno. Afirma el P. Coll que todos tienen necesidad de abrazar la virtud de la mortificación, pero particularmente las Hermanas ya que este santo Instituto tiene por fin ganar almas para Jesucristo, y para esto no deben buscar lo que es suyo, sus gustos y comodidades, su honra y estimación, sino el bien de los demás. “*El que quiere ganar el corazón de otro ha de buscar en todas las cosas la utilidad y provecho de los hermanos*” (p. 142). La donación de sí mismo a los demás supone la renuncia y olvido de sí.

Profundo conocedor del corazón humano no se le pasan por alto las dificultades de la convivencia de los **genios contrarios**, a los que varias veces se refiere. Sabe que es preciso ir muriendo a los instintos del egoísmo para poder amar indiscriminadamente a todos. Por eso avisa: “*Nunca estará la caridad y amor de Dios con vosotras, ¡oh amadas Hermanas!, si no hacéis que abrace vuestro cuerpo lo que no le gusta, ya sea en el manjar, en el vestir, en el dormir, en los oficios que os encarguen, en el trato de los genios contrarios y en todo lo que os repugne*” (p. 140-141).

Anima a sufrir con paciencia y conformidad: “*Abrazad de hoy en adelante aquella enfermedad, aquel genio contrario y finalmente todo lo que os mortifica como una cruz que el Señor os pone*” (p. 250). “*Abrazad la cruz de aquel genio extraño y por medio de él os santificaréis*” (p. 260).

A la luz de estas enseñanzas de nuestro Fundador convendría que revisásemos qué lugar ocupa la ascesis en nuestra vida. Es doctrina transmitida con mucho cariño y ratificada con el testimonio de su vida.

**H. Socorro P. Campo-Osario**  
**Bol Anunciata n 379. Mayo 2002**

*La mortificación nos ayuda a restablecer la armonía perdida entre el espíritu y la materia.*

*La auténtica búsqueda de Dios supone la renuncia a nosotros mismos.*

*Es preciso ir muriendo a los instintos para poder amar indiscriminadamente a todos.*